

FILMS de AMOR

EL FRAUDE



Num.
299

Clm.
25

Tallulah Bankhead - Irving Pichel

Joan Poca Bouardos
María Mercedes Comes Serres

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAQUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES
Valencia, 234. Apertado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral Española de Librería-Barbosa, 14 y 16-Barcelona

AÑO VII APARECE LOS JUEVES NÚM. 259

THE CHEAT 1937

EL FRAUDE

Adaptación en forma de novela de la película del
mismo título interpretada por la artista

TALLULAH BANKHEAD

Narración de HARRY BALTBYMORE

Producción
de la invicta
marca



Paseo de
Gracia, 91
Barcelona

REPARTO

Elsa	TALLULAH BANKHEAD
Jeffrey	Harvey Stephens
Livingstone	Ivya Pichel

ARGUMENTO DE LA PELICULA

PRIMERA PARTE

En uno de los clubs más aristocráticos de Nueva York, hallábanse reunidos varios socios celebrando la vuelta de uno de ellos, llamado Livingston, hombre de unos treinta y cinco años, que acaba de regresar después de un largo viaje por Oriente. Mientras hablaban de él, Livingston sonreía satisfecho de los halagos que le tributaban, aun cuando su mirada no se apartaba de la sala contigua, donde varias mujeres jugaban a la vez que murmuraban de sus amistades. Una de ellas era Elsa Jeffrey, mujer de una belleza extraordinaria, recién casada con uno de los socios, que aprovechándose del amor que su marido sentía por ella, se entregaba a las más extravagantes locuras, gastando, sin ton ni son, sumas mucho mayores que las que su marido podía costear.

Precisamente aquella noche, distraída por la conversación que sostenía Livingston, a penas si ponía atención en el juego y cuando se dió cuenta llevaba perdidos diez mil dólares.



Distraída por la conversación.

Entonces advirtió que era una suma mucho mayor que la que ella podía satisfacer y pensando pedírsela a su marido le dijo al grupier:

—Le firmaré un vale, para que pueda cobrar mañana.

— Conforme —le dijo el grupier, después de haber obtenido el consentimiento del banquero.

Elsa firmó el vale y se levantó para ir a

buscar a su marido, que ya suponía habría regresado a buscarla.

En cuanto salió de la sala de juego, se dirigió al jardín y allí se encontró con Livingstone. Este, dando una prueba del cinismo que siempre había imperado en su vida, se le acercó diciéndole:

—¿Le molesta que la haya seguido aquí?

Ella sonrió indiferente y le respondió, sin dar importancia a su contestación:

—He perdido diez mil dólares por su culpa... Hablaba usted tan alto que me obligaba a oírlo sin querer.

—Eso debe ser una satisfacción para mí — exclamó Livingstone —. No siempre puede uno merecer la atención de una mujer como usted... ¿Aceptará usted una copa en desagravio? ¿Le gusta el vino japonés?

Ella lo miró extrañada y exclamó sorprendida:

—No sabía que tuvieran ese vino aquí.

—En el club no lo hay, pero yo lo tengo en mi casa... ¿Quiere que vayamos un momento?

Ella dudó un instante, pero atraída no sabía por qué misterio que se desprendía de aquel hombre, terminó diciéndole alegremente:

—Eso sería la última locura... Acepto... Así me contará las aventuras de su viaje...

Subieron poco después a una lancha automóvil y se dirigieron a la suntuosa morada



—Le firmaré un vale.

de Livingstone, a la que llegaron pocos minutos después. En toda la casa se advertía el aire oriental con que su dueño la había adornado y sus puertas, los muebles, y cuanto había en ella, daba la impresión de encontrarse en uno de los palacios de los célebres mandarines chinos. Livingstone se dio cuenta de la curiosidad con que la joven miraba todo y le preguntó galantemente:

—¿Le agrada mi casa?

—No hay duda de que es muy original... ¿Aquí fumará usted opio y todas esas atrocidades que cuenta de la China?

—No es tan atroz como parece—respondió Livingstone—. En Oriente el opio es como aquí el cigarrillo, aunque a mí no me gusta... Voy a enseñarle algo que le interesará.

Tocó un resorte que había oculto en la pared y ésta se abrió dejando al descubierto una figura horrosa que representaba a un dios china. Elsa no pudo reprimir un grito de espanto y exclamó:

—¿Que cosa más horrible!

—Depende de como se mire—le explicó Livingstone—. Es Yama, el dios destructor.

Elsa se alejó del ídolo, impresionada por su aspecto y se fijó en un armario pequeño que había al otro lado de la estancia, preguntando curiosamente:

—¿Qué hay aquí?

—Todo mi pasado—respondió ceremoniosamente Livingstone.

—¿Se atreverá a mostrarlo?

—¿Por qué no?—respondió Livingstone, abriendo el armario en cuyo interior aparecían varias muñecas ricamente vestidas.

Todas estas muñecas—volvió a decirle Livingstone—representan las mujeres que me amaron... Todas ellas fueron preludio de la que yo espero.

—Aún quedan algunos espacios vacíos—le indicó Elsa, mostrando un lugar del armario.

—Es que aun me quedan algunos años de vida—comentó él. Y al indicarle un sello de fuego que había en el pedestal de cada una de las muñecas, Elsa le preguntó:

—¿Este será el nombre?... ¿O ni siquiera lo recuerda?

—No—respondió—. Eso es mi divisa, un ideograma en japonés que significa "poseo". Marco con él todo lo que me pertenece.

Elsa no pudo menos que quedarse mirando fijamente y decirle:

—¿Qué raro es usted! Yo diría que tiene usted dos personalidades.

—¿Y cuál preferiría usted?—le preguntó insinuante Livingstone.

—Ninguna de las dos, porque las dos me son completamente desconocidas... ¿Qué guarda usted ahí?—siguió preguntándole, al ver otra puerta en el centro de la habitación.—¿Alguna cabeza humana?

—Algo peor—respondió Livingstone, al mismo tiempo que habría la puerta, que daba a un jardín estilo oriental, en cuyo puentecillo una pareja de japoneses tocaban una romántica canción oriental. Elsa, cada vez más admirada de cuanto veía, expresó este sentimiento diciéndole:



- ¡Por el éxito.

—Sabe usted hacer admirablemente los honores de la casa.

Livingstone había llenado las copas y le dio una a Elsa diciéndole:

—¡Por el éxito!

De usted—replicó Elsa.

—De los dos—exclamó con marcada intención Livingstone. Al terminar de beber entró en un cuarto contiguo y a los pocos segundos apareció con un rico traje de oriente y Elsa,

después de admirarlo detenidamente, exclamó:

—Es maravilloso!... ¡Jamás vi cosa parecida!

Pues es suyo, desde este momento—se lo ofreció galantemente Livingstone. Mas ella rechazó la oferta diciéndole:

—No, no, imposible.

—Es el traje de una princesa de Siam, pero no compensa lo que perdió usted por culpa mía... ¿No lo acepta?

—Claro que no—se apresuró a responder ella— Y me voy, que ya debe estar mi marido esperándome.

—¿Es verdad que está muy enamorada de él?

Le amo con locura—respondió ella—. Ya comprendo que para muchos eso es una lata... Usted también cree que es una tontería amar a su marido.

Yo jamás suelo dar mi opinión a la ligera, espero siempre tener motivos para juzgar... ¿Cuándo nos volveremos a ver?... ¿Quiere que sea el miércoles en la Kermesse?

—No tengo inconveniente. Pienso ir con mi marido—respondió Elsa dirigiéndose al embarcadero y emprendió el regreso acompañada de Livingstone.

Cuando llegaron a la otra parte encontraron a Jeffrey que esperaba a su mujer y ésta le explicó su ausencia diciéndole:

—El señor Livingstone me llevó a conocer su casa, que es preciosa.

—Muy amable—exclamó Jeffrey fríamente, dirigiéndose a Livingstone.

—Fue un gran placer para mí—respondió Livingstone despidiéndose seguidamente.

Al quedar solos los dos esposos, Jeffrey le dijo a su mujer:

—Ten cuidado con ese sujeto, que es un tipo peligroso.

Ella se echó a reír mostrando una gran confianza en sí misma y respondió:

—¿Crees que nací ayer?—Y acariciando a su marido para animarlo le dijo alegremente: —No te pongas serio conmigo, o voy a creer que también sientas celos...

—Perdóname que los sienta—le dijo Jeffrey, estrechándola amorosamente, pero es que cada día me parece que te quiero más. Tú siempre serás para mí la novia a quien se adora y se desea...

—¿Aunque a veces te choquen mis locuras?—preguntó sonriendo Elsa—. Pero demasiado sabes que me atrae el movimiento... trenes... ruletas... Pero tú no me dejarás nunca, ¿verdad?

—Eso depende de ti—exclamó seriamente él.

—¿Qué quieres decir con eso?—preguntó alarmada.

—Que si sigues derrochando el dinero, no

sé dónde podamos ir a parar. Sin dinero no se vive y hay que pensar en él. Bien sabes que todo me parece poco para ti.

—Entonces... ¿si yo te pidiera diez mil dólares?

—¿Diez mil dólares?—preguntó asombrado Jeffrey, mirando severamente a su mujer, que al ver que no era aquella la ocasión propicia se echó a reír y besándolo mimosa le dijo:

—No lo tomes en serio, Jeffrey... te lo decía en broma.

Ella misma lo llevó hasta donde tenían el coche, y ella misma también lo guió hasta llegar a su casa.

SEGUNDA PARTE

Al día siguiente, Elsa había ido a recoger el importe de una rifa benéfica, de cuya sociedad era tesorera y cuando estaba allí se presentó Livingstone, que había estado esperando su salida de su casa.

La Presidenta de la Sociedad, después de contar el ingreso que se había hecho, le dijo entusiasmada por el éxito obtenido:

—Estoy contentísima. Hemos recaudado 14,612 dólares... ¡Un verdadero éxito!

—Es una de las cosas que más me complacen intervino Livingstone—. Siempre que se trate de hacer una buena obra de caridad, pueden contar conmigo.

—¿Entonces podremos contar con seguridad con su casa para la kermesse?—preguntó la Presidenta.

—Desde luego. Ya les dije desde el primer momento que mi casa y cuanto de mí dependiera estaba a su disposición.

—Muchas gracias—respondió la Presidenta—. Este año la kermesse será de disfraces chinos.

El dinero recaudado había pasado ya a poder de Elsa y Livingstone, que se había ofrecido a acompañarla, cuando vio que ya había terminado su misión le preguntó:

—¿Nos vamos?

Elsa afirmó con la cabeza, mientras que la Presidenta le decía:

—El señor Durkin se hará cargo de ese dinero el miércoles.

—Cuando ustedes digan—respondió Elsa despidiéndose de ellas. Subió al coche de Livingstone y éste le preguntó:

—¿Quiera usted que pasemos por casa y recojamos el traje de la princesa de Saim, para que lo luzca usted en la kermesse?

—Ya le dije que me es imposible aceptarlo—respondió Elsa.

—¿Acaso su marido?...

—Sí, es por él... y además, porque temería echar a perder un traje tan valioso.

—Pues así y todo lo llevará usted—respondió sonriendo Livingstone—. A veces nadie me gana y me ha propuesto que usted lo luzca esta noche.

Insistiendo él y cediendo poco a poco ella, llegaron hasta la casa de Elsa, que finalmente le dijo al despedirse.

—Ha sabido usted arreglárselas para hacerme creer que acepto contra mi voluntad.

—Lo hago por egoísmo—exclamó Livingstone—. Quiero sentir el placer de recrearme viéndola con ese traje.

Se dieron la mano y Elsa entró en su casa, sin darle mayor importancia al ofrecimiento de Livingstone, que ella había aceptado.

En el hall de su casa se detuvo a leer varias cartas que había sobre una mesita de centro y mientras estaba leyendo los sobres se le acercó una criada que le dijo:

—En el salón hay un caballero esperándola. No quiso decirme qué era lo que buscaba.

Elsa entró directamente al salón y se encontró conque era el banquero a quien la noche anterior le había firmado el vale de diez mil dólares. Al verle en su casa sintió

cierto sobresalto porque su marido pudiera enterarse de la deuda y le dijo alarmada:

—No ha debido venir aquí.

—Perdóneme, señora — respondió gravemente el otro —, pero ha ocurrido algo que me obliga a rogarle que me pague hoy mismo.

—En este momento me es imposible — respondió angustiada Elsa —. Déme dos días más de plazo.

El jugador se guardó nuevamente el vale y mirando seriamente a Elsa se retiró diciéndole:

—Está bien, pero le advierto, que si pasado ese plazo no me paga, hablaré con su esposo.

Elsa, preocupada por aquella deuda, entró en su habitación y se sentó frente al tocador y empezó a desnudarse. A los pocos minutos entró su marido y se dejó caer sobre un silloncito, dando muestras de estar cansado. Su mujer le miró amorosamente y le preguntó:

—¿Muy cansado?

—Así, así — respondió Jeffrey —. Todos hablan como si el país fuese a la liquidación. Precisamente en épocas de depresión es cuando puede invertirse bien el dinero, pero nadie quiere creerlo en estos días y es inútil que se mate uno trabajando en planear negocios.

Elsa se le quedó mirando y al fin lo abrazó mimosamente diciéndole:

—Me duele mucho, Jeffrey, que trabajes tanto. Yo sé que todo lo haces por mí.

—No te preocupes — respondió Jeffrey, queriendo dar a su aspecto un aire alegre y cambiando el giro de su conversación le preguntó:

—Me dijo Jones que llegaste con alguien.

—Sí, con Livingstone — respondió su mujer —. No pude evitar que me acompañara.

—Ya te he dicho que ese hombre no me inspira confianza... Y sacando un montón de facturas se les entregó a su mujer diciéndole: —Todas estas son cuentas recibidas hoy... Elsa, ya te he dicho que hay que economizar... Ten paciencia, pronto podrás derrochar, si me sale bien el negocio que he planeado. No podemos ahora gastar mil dólares en trajes.

Elsa acarició, como una chiquilla traviesa que se arrepiente de su acción a su marido, y le dijo, sentándose en sus rodillas.

—No te enfades conmigo que te quiero tanto.

Su marido la besó y haciéndola levantar dio varios paseos por la habitación, mientras ella le decía:

—¿Luego dicen que el amor lo es todo? Pero me voy convenciendo que no exista tal cosa y que sin dinero no hay felicidad completa.

—No te apures — le dijo él —. Dentro de poco tendrás todo el dinero que quieras, pero tienes que esperar unos días, luego podrás

triunfar todo lo que se te antoje. Y ahora hablemos de otra cosa... ¿Podríamos salir esta noche? Vámonos a comer fuera de casa... ¿Qué te parece?

—¡Magnífico! — aceptó ella—. Yo te pondría que me llevases al cabaret donde nos conocimos por primera vez... ¿Quieres?

Y aceptada por él la proposición de Elsa, horas después, como si fuesen dos novios, se hallaban en el cabaret, disfrutando de los recuerdos que aquel lugar traía a la mente de cada uno de ellos.

TERCERA PARTE

Cuando más distraídos estaban, se acercó a ellos un tal Torrel, que les dijo bromeando:

—Consta que los he sorprendido besándose.

—¡Hola Torrel! — exclamó Jeffrey — ¿Qué te trae por aquí?

—Pues he venido a proponerte un magnífico negocio. Es cosa segura. El que me avisó es un íntimo amigo, que se yerno del que dirige la combinación.



—¡Hola, ¡ahé!

—Te agradezco tu buena voluntad, pero no creo en esos negocios tan seguros.

—Pero, Jeffrey, siendo tan ventajoso... — intervino Elsa — ¿Por qué no compras acciones de esas?... Es una corazonada mía...

—Tus corazonadas en cuestiones de negocios no me convencen. Es inútil que insistas, Torrel... Además te aconsejo que no te dejes engañar. No compres nada de eso.

—Lo que es en esta ocasión no seguiré tu

consejo. Mi amigo me ha dicho que es una cosa segura, que duplicaré el importe de lo que juegue y no voy a perder la ocasión.

—Haz lo que quieras, pero yo ya te he dado mi consejo.

Y en vista de que no había manera de convencerlo, Torrel se despidió de los dos esposos, mientras que Elsa no podía apartar de su imaginación las palabras de aquel hombre.

Al día siguiente, Elsa, pensando en la combinación de que le había hablado el amigo de su marido, fué a su despacho y le dijo:

—Vengo a comprar algunas de esas acciones. No quiero que Jeffrey sepa nada. Es dinero que gané al bridge... ¿Usted cree que subirán el doble?

—Estoy seguro de que será cuestión de 24 horas. He invertido en ellas todo mi dinero.

—Yo invertiré diez mil dólares. Se los enviaré apenas llegue a casa.

—Yo mismo mandaré a un empleado por ellos—se apresuró a ofrecerse Torrel.

Y, en efecto, aquel mismo día, o sea el miércoles, entregó a Torrel el dinero que tenía guardado de la sociedad benéfica de la que era Tesorera.

Por la noche, Jeffrey, una vez que se había disfrazado para asistir al baile que se había organizado con motivo de la kermesse

en casa de Livingstone, fué en busca de su mujer y le preguntó curiosamente:

—¿Por qué no me enseñas tu disfraz?

—Porque quiero darte una sorpresa — le respondió riendo Elsa —. Cierra los ojos y no mires hasta que yo te avise.

Jeffrey la obedeció sonriendo y Elsa abrió su ropero del que sacó el traje de princesa que le había prestado Livingstone. Cuando su marido lo vió quedó maravillado de aquella joya y preguntó alarmado:

—Esto te habrá costado un dineral... ¿Dónde lo compraste?

—Me lo prestaron — respondió ella.

—¿Livingstone?

—Sí, ¿te disgusta?

—Bien sabes que sí — exclamó seriamente Jeffrey.

—¿No quieres que lo use? Pues haré cuanto tú digas. Sólo quise que tú sintieras orgullo de poderme locir, pero si no te gusta no lo llevaré.

Había tanta tristeza en las palabras de su mujer, que Jeffrey dejándose ganar otra vez la voluntad por los caprichos de Elsa, terminó rogándole él mismo que lo llevara; y su llegada a la kermesse causó, como lo había sospechado Elsa, la consiguiente admiración. Cuando más animada estaba la fiesta, un criado de Livingstone se acercó a éste y le preguntó:

—¿La señora Jeffrey?

—Aquella — indicó el dueño de la casa, señalando hacia Elsa que estaba con su marido.

El criado se acercó a ella y le dijo:

—Señora, la llaman por teléfono.

Elsa fué directamente al despacho de Livingstone y se puso al habla con Torrel, que le dijo:

—Llamé a su casa, señora, y me dijeron que la encontraría ahí... Ha pasado algo inaudito. Todo se ha perdido y no hay esperanza de recobrar ni un sólo dólar... Estoy desesperado.

—¡Eso es imposible! — exclamó angustiada Elsa, pensando en que aquella misma noche tenía que entregar los diez mil dólares—. ¡Usted me dijo que no había ningún riesgo!

Dejó el auricular y apoyando la frente en la mano suspiró con tristeza:

—¿Qué será de mí, Dios mío?

Livingstone, que la había seguido sin que ella se diera cuenta, se le acercó solícito, preguntándole:

—¿Tan grave es?

Elsa, sin darse cuenta de lo que decía, debido al estado de nerviosidad en que se hallaba, le respondió:

—¡Ay, sí! No sé cómo arreglármelas, pero debo conseguirlo...

—¿Qué?... ¿Dinero? — preguntó Livingstone.

—Sí — le confesó ella —, necesito diez mil dólares y mi marido no los tiene, ni debe saber nada... ¡Es horrible!... Ese dinero no era mío y si no puedo entregarlo me moriré de vergüenza...

—Yo puedo facilitárselo — se le ofreció Livingstone, aprovechándose del momento.

—¿Usted? — preguntó extrañada Elsa.

—¿Por qué no? — insistió él—. Me duela verla sufrir por tan poca cosa... Le daré el dinero esta misma noche, sin que nadie lo sepa. No pediré mucho en cambio. Sólo que sea un poco amable conmigo y que me haga una visita cualquier noche de éstas...

Elsa le miró con orgullo, sintiendo en su rostro toda la vergüenza de aquella denigrante proposición y Livingstone, con su acostumbrado cinismo, terminó diciéndole:

—Estaré en el salón oriental dentro de media hora.

Al volver Elsa al lado de su marido éste advirtió en ella una gran nerviosidad y le preguntó:

—¿Qué te sucede, Elsa?

—Estoy recobrada... Me duele mucho la cabeza y quiero marcharme... Voy por mi abrigo y en seguida vuelvo.

En aquel momento se le acercó la Presidenta de la Sociedad y le dijo:

—Elsa, es imposible que esta noche vaya a verla Durkin. Le he encargado que pase mañana a retirar los fondos recaudados para ingresarlos en el banco.

—Cuando quiera — respondió Elsa, haciendo un gran esfuerzo para no delatarse—. Tendré el dinero a su disposición.

Se separó de su amiga y sin pensar en su acción entró al salón oriental, donde Livingstone tenía ya firmado el cheque, en la seguridad de que Elsa iría por él.

Livingstone, al verla entrar le extendió el cheque y solamente le dijo:

—Hasta mañana noche.

—Adiós — respondió Elsa, sin atreverse a mirarlo.

A la noche siguiente, Elsa se despedía de sus amigas que habían venido a revisar las cuentas, cuando entró Jeffrey. Saludó a las compañeras de su esposa y cuando quedó solo con ésta la cogió en sus brazos y la levantó en el aire, besándola alegremente. Elsa, sin poder comprender el motivo de aquella repentina alegría, le preguntó extrañada:

—¿Qué ocurre, Jeffrey?

—¡Somos ricos! — exclamó él—. Amanecemos casi sin un centavo y ahora tenemos millones! ¿Te das cuenta?... ¡Millones! El negocio de que te hablé se realizó mucho mejor de lo que yo creía...

—¿Es posible?— exclamó emocionada Elsa.
—¿No será todo un sueño?

—No, Elsa — le respondió su marido—. Todo es una realidad, una maravillosa realidad... Iremos a veranear a donde quieras, sin reparar en gastos... Recorreremos Europa...

—¡Qué dicha! — volvió a decir ella, abrazándose a su marido.

—Ahora nos iremos a cenar al cabaret donde nos conocimos, para que luzcas este collar que te he traído.

Sacó un precioso collar de perlas y se lo entregó a su mujer, que le dijo mimosa:

—Pónmelo tú mismo.

Jeffrey, dichoso ante la alegría de su mujer, le puso el collar y la besó diciéndole:

—Qué hermosa eres, Elsa. Cada día estoy más enamorado de ti.

En aquel momento llamaron por teléfono y Elsa se puso al aparato, respondiendo:

—Sí, soy yo misma.

A continuación oyó la voz de Livingstone, que le decía:

—No olvide que la espero esta misma noche... Acuértese de su promesa.

—Esta noche me es imposible — respondió Elsa.

—¿Debo acaso ir a pedirle permiso a su marido? — preguntó burlonamente Livingstone.

Elsa, ante el temor de que su marido pu-

fuera enterarse de lo que había prometido a aquel hombre, exclamó rápidamente:

—Bueno, esta noche iré, dentro de un momento.

—¿Quién era? — preguntó Jeffrey, que había advertido la palidez que cubrió por unos momentos el rostro de su esposa.

—La secretaria de la señora Abritg. Me avisaba que hay junta esta noche.

—¿Y tienes que ir?

—No puede faltar a ella— respondió Elsa.

—Si que es raro— comentó su esposo— que no te haya avisado antes.

—Verdaderamente es una contrariedad— lo respondió con tristeza Elsa. Y acercándose a él lo preguntó cariñosamente:

—Jeffrey, ¿si necesitara cierta cantidad, me la darías?... Necesito diez mil dólares.

—¿Para qué? — preguntó su marido—. ¿Se trata de una deuda de juego?

Elsa, vió en aquella sospecha de su marido una excusa para no tenerle que decir que aquel dinero lo quería para devolvérselo a Livingstone y exclamó:

—¿Cómo lo sabes?... ¿Quién te lo ha dicho?

—Pues porque trajeron hoy tu vale y lo pagué. Aquí lo tienes.

La pobre mujer quedó anonadada ante aquella coincidencia y al fin, decidida a sal-

dar su cuenta con Livingstone, volvió a decirle a su esposo:

—Es que debo más... Debo otros diez mil dólares... Los necesito en seguida!

Jeffrey se la quedó mirando extrañado por el tono que empleaba su mujer, y al fin le extendió el cheque diciéndole:

—Está bien, aquí los tienes.

Pero al salir ella Jeffrey, por primera vez en su vida, espío a su mujer y la siguió de lejos sospechando dónde iba.

CUARTA PARTE

Una hora después, Elsa entraba en casa de Livingstone, quien antes había guardado cuidadosamente una muñeca que representaba a Elsa, vestida con el traje de princesa. Seguro de que no se resistiría a su deseo, había gravado en el pedestal de la muñeca el ideograma "Poseo" con un sello que calentó en el fuego que había colocado sobre un platillo de cobre. Hecha la inscripción volvió a dejar el sello en el fuego y le dijo al criado, mientras guardaba la muñeca:

—No quiero que nadie me moleste.

Al ver entrar, segundos después a Elsa acudió solícito a ella diciéndole:

—¿Cómo ha entrado usted por esa puerta?

—Porque no quería que me viesen los criados. He venido a traerle a usted el dinero y darle las gracias por su ayuda... Ahora me voy.

—¿El dinero? — preguntó cínicamente él.

—Ese dinero no se lo presté, sino que se lo di.

—Sí, con ciertas condiciones — respondió Elsa despectivamente, al tiempo que cebaba el cheque sobre la mesa —, pero como le devuelvo el dinero, estamos en paz.

—De ninguna forma — exclamó Livingstone —. No fue esto lo convenido.

—La ruego que me deje marchar — suplicó Elsa, sintiendo cierta nerviosidad al verse en poder de aquel hombre.

—De ninguna forma — exclamó él, sacando la muñeca y enseñándosela —. ¿Usted sabe lo que significa esto?

Elsa comprendió la intención de él y exclamó:

—¡Nunca!... ¡Antes me mataría!

Livingstone, por toda contestación le entregó un revólver diciéndole:

—Hágalo usted, aunque no la creo capaz.

—Ni yo a usted de retenerme más tiempo.

—¿Quiere irse? — exclamó furioso Livingstone —. Pues bien, se marchará, pero saldrá marcada de aquí.

Y cogiéndola entre sus brazos, la sujetó fuertemente con uno, mientras que con la otra se apoderaba del sello y lo estampaba en el escote de Elsa. Dió un grito de dolor y de rabia ella y, cegada, sin saber lo que hacía, cogió el revólver que había quedado sobre la mesa y disparó contra Livingstone, que cayó herido. Huyó inmediatamente y apenas había abandonado el salón cuando, por donde había entrado ella misma, llegó Jeffrey seguro de encontrar allí a su mujer. Le bastó una mirada para darse cuenta de lo que había ocurrido y Livingstone, haciendo un esfuerzo, le dijo:

—Ha sido su esposa... El cheque está en la mesa.

Acudieron los criados y al ver a su amo herido, corrieron a prestarle ayuda, al mismo tiempo que preguntaban a Jeffrey:

¿Quién ha sido?

—Yo — respondió éste, que había recogido el revólver y había limpiado cuidadosamente las huellas digitales de su mujer.

Al día siguiente, Elsa leyó en los periódicos la noticia de la herida de Livingstone y la detención de su marido, acusado de ser el autor.

Acudió inmediatamente a la cárcel para entrevistarse con él y confesarle la verdad de cuanto había ocurrido.

—No es necesario que me digas nada — le

respondió Jeffrey—. Lo comprendí todo desde el instante en que llegué. Ya te dije que no te fiaras de ese hombre.

Elsa llorando inarmamente prometió a su marido abandonar la vida frívola que hasta entonces había llevado, y por más que le suplicó que la dejara confesar la verdad, Jeffrey se encontró en una negativa rotunda.

Pasados algunos días se celebró la causa; cuando Livingstone estaba ya en situación de poder asistir a la vista. En el alma perversa de aquel hombre había nacido un nuevo deseo y era el de vengarse de Elsa. Para ello, sabiendo lo que amaba a su marido, no encontró mejor medio que el de deshonrarle públicamente y por lo mismo, en el acto de su declaración refirió el hecho a su modo, diciendo:

—Yo le había ganado una suma al señor Jeffrey, jugando a las cartas. La suma era de alguna consideración... Diez mil dólares, por los cuales me firmó un vale. Le telefoné días después y prometió pagarme la noche de antes... Cuando llegó, noté que estaba bebido, pero no obstante me entregó un cheque.

—¿Es éste que se encontró sobre su mesa? —preguntó el abogado acusador.

—Este es, en efecto —respondió tranquilamente Livingstone, mientras que Elsa hacía esfuerzos extraordinarios por guardar el silencio que le había suplicado su marido,

Livingstone continuó su declaración diciendo:

—Juguémosle el cheque —me dijo él—. Convine y, al sacar él las cartas del cajón de mi mesa, vió el revólver... Empezamos a jugar y en fin, muy duro es decirlo, pero hizo trampa.

Le dije que haría que lo expulsaran del club por fullero y antes que pudiera impedirlo cogió el revólver y disparó sobre mí.

Elsa no pudo contenerse más tiempo y corriendo a donde estaba el Tribunal gritó:

—¡No es verdad nada de lo que ha dicho ese hombre!... ¡Mi marido es inocente!... ¡Fui yo y solamente yo!... ¡El se ha echado la culpa por defenderme!

Elsa, con la voz velada por la emoción que sentía, refirió cuanto había pasado y, al terminar se desabrochó el escote y enseñó la marca de fuego que le había impuesto Livingstone, diciendo:

—Este infame me marcó, porque quise ser fiel a mi marido... ¡Vean ustedes la marca!

Un grito de horror partió de parte de todo el público, que dejándose llevar por un sentimiento de repulsión hacia aquel hombre, se abalanzó sobre él intentando lyncharlo.

Gracias a la intervención de la policía, Livingstone pudo ponerse a salvo, aun cuando quedó detenido para responder de lo que había hecho con Elsa, mientras que ésta y su marido, en completa libertad, se abrazaban amorosamente, sintiendo que el amor que los



Mientras Elsa y su marido se abrazaban...

unía era más fuerte que todas las desgracias que pudieran interponerse.

A la noche siguiente, los dos esposos cenaban en el cabaret donde se habían conocido y Jeffrey animaba a su mujer diciéndole:

—Ya pasó todo. Hazte cuenta que ha sido solamente un mal sueño.

—Es verdad — respondió ella suspirando.

—Un sueño que estuvo a punto de truncar nuestra dicha...

—Y ahora que empezamos de nuevo otra

vida — le dijo sonriendo su marido, mientras la estrechaba en sus brazos—. ¿Debo declararte otra vez?

—Yo creo que sí — respondió riendo Elsa.

—¿Y qué me contestas, si te digo que te amo con toda mi alma?

—Pues esto solamente — exclamó ella, cogiendo la cabeza de su marido y besándole con pasión infinita. — Creo que es la mejor contestación que puedo darte.

La más bella de todas — exclamó él, sintiéndose más feliz que nunca con el cariño de Elsa.

FIN

No dele de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

la novela blanca preferida
por todas las señoritas.



Mientras Elsa y su marido se abrazaban...

unía era más fuerte que todas las desgracias que pudieran interponerse.

A la noche siguiente, los dos esposos cenaban en el cabaret donde se habían conocido y Jeffrey animaba a su mujer diciéndole:

—Ya pasó todo. Hazte cuenta que ha sido solamente un mal sueño.

Es verdad — respondió ella suspirando. — Un sueño que estuvo a punto de truncar nuestra dicha...

—Y ahora que empezamos de nuevo otra

vida—le dijo sonriendo su marido, mientras la estrechaba en sus brazos—. ¿Debo declararte otra vez?

—Yo creo que sí — respondió riendo Elsa.

—¿Y qué me contestas, si te digo que te amo con toda mi alma?

—Pues esto solamente — exclamó ella, cogiendo la cabeza de su marido y besándole con pasión infinita—. ¿Crees que es la mejor contestación que puedo darte.

—La más bella de todas — exclamó él, sintiéndose más feliz que nunca con el cariño de Elsa.

FIN

No deje de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

la novela blanca preferida
por todas las señoritas.

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Pida hoy mismo el nuevo

CATÁLOGO ILUSTRADO

que acaba de aparecer y que reproduce las artísticas portadas de los títulos que con éxito inmenso ha publicado esta Editorial

PRONTO

CENTENARIO

DE

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

LO INESPERADO - SORPRENDENTE

En Prensa: **CATALOGO GENERAL**

DE

EDITORIAL "ALFA" Ap. Correos 707
BARCELONA

La Dirección de Editorial ALAS
se complace en agradecer efusi-
vamente a sus amables lectores,
la valiosa colaboración que le
han prestado, pues así ha sido
posible que se pueda celebrar el

CENTENARIO

de

Ediciones Biblioteca Films

el número

500 de Biblioteca Films

y el número

300 de Films de Amor

BIBLIOTECA FILMS y FILMS
DE AMOR son las más antiguas
novelas cinematográficas que no
envejecen ni desaparecen.

**Más de 1.000 títulos distintos
de novelas publicados**